

Los Muros de la Cámara. Antonia Nava, La Generala

Dip. Armando Leal Ríos

Diputado Federal, Fracción Parlamentaria PRI

Que nadie olvide que el nuestro es un pueblo forjado con el valor y sacrificio de hombres y mujeres, cuyos nombres recogen los Muros de la Cámara de Diputados con el fin de que trasciendan para siempre. En los aciagos días de la lucha libertaria por la Independencia de México, Antonia Nava pronunció estas dramáticas palabras:

No vengo a llorar, ni vengo a lamentar la muerte de mi esposo... Sé que cumplió con su deber... Vengo a traer cuatro hijos, tres que pueden servir como soldados, y otro que está chico será tambor y reemplazará a su padre.

El general Morelos buscaba consolar a la mujer que ante sí, tenía el cadáver ensangrentado de su esposo, el valiente guerrero Nicolás Catalán.

☺ Antonia Nava ofrecía a sus hijos al movimiento de libertad, como una encarnación viva de toda la furia de un pueblo oprimido y escarnecido durante siglos por el soberbio conquistador español.

Así había ocurrido el hecho: la insurrección creció con fuerza en la montaña guerrerense. En una villa



U.C.

aislada, perdida en la inmensa sierra, el general Nicolás Bravo sufría el acoso de los realistas. Bajo sus órdenes, Nicolás Catalán y un grupo de rebeldes, perdían la serenidad ante la falta de alimentos. El general Bravo determinó sacrificar a algunos soldados para darle alimento al resto.

Afirma el historiador Luis González Obregón, que cuando estaba por cumplirse la orden, doña Antonia Nava y doña Catalina González, seguidas de un numeroso grupo de mujeres, se presentaron al general, y con valiente actitud doña Antonia dijo:

Venimos porque hemos hallado la manera de ser útiles a nuestra patria. ¡No podemos pelear, no podemos servir de alimento! He aquí nuestros cuerpos que pueden repartirse como ración a los soldados.

Y dando acción a sus palabras,

arrancó de su cinto un puñal, llevándose al pecho. Los hombres corrieron a evitarlo. El grito exaltado de éstos reinició la batalla en ese pueblo de la sierra de Xaliaca, Tlacotepec, Guerrero, estrechamente sitiada por las fuerzas virreinales. Los valientes rebeldes, ahora acompañados por sus mujeres que, armadas con palos y machetes, lucharon encarnizadamente por la independencia de México.

Hechos como éste fueron la epopeya de un pueblo en busca de su redención. Se luchó por la dignidad humana y el trato igualitario que, al correr del tiempo, se afianza en la conciencia de los mexicanos y se vuelve compromiso presente para que ya no seamos más opresores y oprimidos; sino pueblos libres, dignos, abiertos en un destino fraterno.

Que la lección de heroísmo de Antonia Nava quede en nuestra mente y en los Muros de la Cámara, para siempre.